

## Cuaderno de notas

**GALGOS Y PODENCOS**

Un político como Santiago Carrillo, que hace días anunció su no participación en nada que suponga hacerle una pinza al PSOE, habló el martes, en un almuerzo-colóquio del Club Siglo XXI, contra los partidos que utilizan programas-anzuelo para captar votos. O sea, que al mismo tiempo que vitupera una práctica viciosa del propio PSOE, sostiene su disposición a no prestarse a una lucha combinada contra su hegemonía.

Gran parte de su intervención en el coloquio lo dedicó Santiago Carrillo a Izquierda Unida. Naturalmente, negando ser ningún submarino del PSOE contra esa formación electoral, porque «para matar boquerones no hacen falta submarinos».

Sin embargo, una cosa es que no se pretenda actuar de submarino del partido hegemónico y otra muy distinta que no se contribuya a producir ese efecto. El efecto puede producirse con la mejor de las intenciones. Simplemente, como ya señalé en crónica anterior, dejándose querer.

Calificar de «boquerones» a sus rivales de Izquierda Unida entraña un peligro, dada la dimensión atribuible a Unidad Comunista. Los primeros podrían desquitarse llamando «chanquetes» a los carrillistas.

Pero lo serio no es entregarse a demasiadas comparaciones con la fauna marítima. Lo importante es que unos y otros —Izquierda Unida y Unidad Comunista— practican ese peligroso juego que denunció el fabulista cuando criticó a los conejos que, huyendo de los perros, disculpan si se trataba de galgos o podencos. Los conejos, distraídos en su polémica, no alcanzaron la suficiente velocidad para ponerse a salvo. Y ya no importó que fueran podencos o galgos sus definitivos verdugos.

La pregunta que a Santiago Carrillo no se le hizo durante el coloquio del Siglo XXI, que presidía Adrián Piera, fue

precisamente si merecía la pena discutir de galgos y podencos cuando lo que se juega la democracia española es nada menos que su puesta a salvo por el procedimiento de reducir las posibilidades expansivas del partido especializado en programas-anzuelo.

La reducción del poder felipista, sin embargo, no parece preocupar a Santiago Carrillo tanto como ganar la mísera contienda particular que sostiene con sus rivales de la otra izquierda. Esa falta de visión en esta hora es equiparable a cualquier operación que desde la derecha o desde el centro lastime las pretensiones de la gran empresa común: conseguir a toda costa que el PSOE no repita su mayoría absoluta.

Seguramente, fiados en la división de todo el arco que se le enfrenta, preparan los felipistas desde antes de las elecciones su primer Gobierno de la segunda legislatura. Un amable lector me recriminaba hace un par de días por teléfono, desde Jaén, mi reciente referencia a los preparativos de ese Gobierno. «Es como decir —razonaba el lector— que en la práctica no hay nada que hacer. Deje usted un margen para la esperanza.»

Tenía razón mi interpelante al recriminarme la alusión a esos preparativos que parecen prejuzgar la victoria felipista. Acepto la reconvencción con la condición de que se me extienda al conjunto de los partidos que se enfrentan al PSOE en esta hora histórica.

«El diputado comunista que más ha criticado al PSOE he sido precisamente yo», arguyó Santiago Carrillo durante el coloquio mencionado. Lo malo, en todo caso, sería deponer la crítica o simplemente mitigarla con operaciones erróneas cuando más falta hace una intensificación de todos los esfuerzos combinados.

**Lorenzo CONTRERAS**